

Un libro de descubrimiento de AB

The background of the cover is a photograph of a baby's nursery. The room has light pink walls. On the left, there is a white changing table with a lamp. In the center, a white rocking chair is partially visible. On the right, a white crib with purple bows on the railings is shown. The title 'Los Cambios de Ricky' is written in large, pink, serif capital letters across the middle of the image. There are also several framed pictures on the wall, including one of a baby in a purple frame.

Los CAMBIOS DE RICKY

michael bent

Los cambios de Ricky

“Ricky, ¿podrías venir a tu habitación por favor?”

Sabía lo que significaba esa voz. Anunciaba problemas o algo igual de grave. Sea como fuere, me arrastré a regañadientes, con mis *trece años y tres cuartos*, hasta mi habitación y me quedé allí esperando lo que me deparara el destino. Acababa de llegar de la escuela.

—Tenemos que hacer algunos cambios aquí, Ricky —dijo, sin darme ni idea de qué hablaba. Llevaba meses quejándose del olor, así que supuse que era algo parecido y me preparé para la charla sobre higiene.

“Quiero que empaques toda la ropa interior de tus niños en esta bolsa de plástico y la lleves a la basura, por favor”.

Abrí los ojos de par en par. No me lo había imaginado. Puede que llevara años soñando algo así, pero aun así sonaba siniestro.

“¿Todos?”, respondí con una voz chillona y vergonzosa. La pubertad se había retrasado y la voz quebrada me estaba afectando.

—Todos, por favor. De todas formas, hace meses que no los usas. Entre bragas y pañales, solo ocupan un espacio valioso.

“Sí, mamá”, respondí, aún sin estar segura de lo que realmente estaba pasando.

Vací rápidamente el cajón superior de toda la ropa interior de niño que tenía. Mamá tenía razón. No la había usado en meses, y hacía el mismo tiempo que no abría el cajón. No me interesaba en absoluto. Era para niños y yo estaba...

Al volver a casa después de dejar la bolsa de ropa interior de niño que no quería, mi madre me apartó con una sonrisa curiosa. Cuando sonreía, siempre era maravilloso, pero su rostro no delataba nada.

Revisa tus otros cajones y tu armario. ¡Quizás te guste!

Fui a toda prisa a mi habitación y enseguida abrí el segundo cajón. Estaba lleno de bragas de chica cuidadosamente dobladas. No solo las mías, sino varias nuevas y preciosas. ¡Todas mías!



Mi corazón dio un vuelco mientras pasaba mis manos por las bragas familiares y las nuevas, simplemente emocionada por ellas.

De repente, sentí una presencia detrás de mí. Era mi madre. Esa sonrisa inescrutable ahora tenía sentido.

“¡Espero que te gusten, Ricky!”, preguntó.

“¡Son preciosos, gracias mamá!”

“¿El siguiente cajón más abajo?”, sugirió.

Abrí el cajón. ¡Estaba lleno de calzoncillos de entrenamiento de mi talla!

—Ricky —explicó—. Sé que quieres pañales para la escuela, pero creo que estos son un buen punto medio. ¿Te parecen bien?

Cogí un par y los puse en el suelo, me senté a su lado y los miré fijamente, sintiendo un nudo en la garganta.



—Son estupendos, mamá —respondí, sintiéndome aturdida—. ¡Me encantan!

“¿Siguiente cajón?”, repitió mamá, sintiéndose bastante orgullosa de sí misma.

Al abrir el cajón, casi se me sale el corazón del pecho. Estaba lleno de pantalones de plástico, para mí. No para mi hermanita ni para mi prima. Eran para mí. De mi talla. Eran de colores pastel y todos claramente femeninos.



Los cambios de Ricky

—Mamá —balbuceé—. Gracias. No sé qué decir.

—Abre tu armario, Ricky. La verdadera sorpresa está ahí.

Abrí la puerta del armario y vi que la mitad estaba llena de suaves pañales blancos de felpa. Encima había un recipiente de plástico con imperdibles rosas.

Las lágrimas corrieron mientras me giraba y abrazaba a mamá, sintiéndome como una niña y un bebé y todo junto, con emociones descontroladas y fuertes.

“Gracias, mamá”, dije entre lágrimas.

Son solo para ti y siento que me haya costado tanto entenderlo. Y si te portas bien...

Ella me guiñó un ojo con picardía.

Podríamos ir a ver esos tirantes que te interesaban y tal vez...

Ella hizo una pausa nuevamente.

“¿Una camisola y, cuando seas un poco mayor, un bonito sujetador de encaje?”

Mi corazón casi se me salía del pecho, de mi pecho todavía plano.

“Pero por ahora, necesitas ponerte un pañal y unos pantalones de plástico”.

Ella me miró suplicando la pregunta que sabía que vendría a continuación.

“¿Quieres que te ponga el pañal o puedes hacerlo tú mismo esta vez?”

Estaba lista para ponerme mi pañal de tela nuevo y mis calzoncillos de plástico yo sola. Me había costado dejar atrás el cambio de pañales maternal, pero sabía que mi futuro estaba en cambiarlos sola.

—Puedo hacerlo, mamá —respondí, aún insegura—. Ya soy una niña grande.

—Sí, lo eres, Ricky. Eres mi niña y estoy aquí para ti.

Los cambios de Ricky

La oferta de cambiar pañales de mamá nos había estado molestando a ambas durante los últimos meses. Había estado usando pañales en casa y bragas fuera. Que mi madre me sujetara con mis suaves pañales de tela fue una experiencia maravillosa y me encantó, pero me había dado cuenta de los cambios tardíos en mi cuerpo que me hacían sentir "incómoda". Ambas sabíamos que estaba llegando a su fin al convertirme en una "adolescente". Sabía lo que otras estaban pasando con la pubertad, pero yo no lo había experimentado realmente, salvo que mi voz se volvió más grave. Ni siquiera el vello corporal prometido se había materializado. Incluso mi madre había insinuado que era hora de que me pusiera el pañal yo misma y había empezado a asegurarse de que prestara atención a sus técnicas.

—Gracias, mamá. Le pondré un pañal y ...

“¿Hacer un desfile de moda?”, sugirió.

—¡Sí, si te parece bien! —dije sonrojándome de pies a cabeza.

Descubrir que era niña fue todo un reto para mi madre y para mí. Fue difícil y frustrante. Mi constante enuresis lo complicó todo, porque necesitaba los pañales que aún usaba para dormir. Cada mañana estaban empapados, y mi madre por fin había comprendido, un año antes, que no lo hacía a propósito, pero que tampoco intentaba evitarlo. El miedo a no usar pañales, al menos para dormir, era demasiado fuerte como para arriesgarme a no mojarme por la noche. No hacía ningún esfuerzo por parar ni por ir al baño antes de la noche. Ambas sabíamos que nunca dejaría los pañales de noche.

Me desnudé, sonriendo a las aburridas bragas que llevaba, sabiendo que de ahora en adelante, usaría bragas de adolescente de verdad, con estilos y colores atractivos. ¡Y probablemente, a menudo, encima de mis nuevos pantalones deportivos!

Mientras doblaba uno de los pañales blancos, nuevos y esponjosos, y me acostaba sobre él, oí el ligero crujido de la vieja sábana de plástico de mi cama, que con valentía controlaba las fugas ocasionales del pañal. Me hizo sonreír.

Pronto tuve el pañal fijado casi tan bien como lo haría mi madre y un par de pantalones de plástico rosa subidos por encima.

Los cambios de Ricky

“¿Cómo estoy, mamá?”, pregunté mientras entraba a la cocina mientras ella preparaba la cena.

—¡Te quedan de maravilla, Ricky! —exclamó—. Ven aquí y déjame comprobarlo.

Era un ritual frecuente cuando me ponía el pañal. Mamá comprobaba lo ajustado que estaba e invariablemente, desabrochaba un lado, apretaba las dos piezas y las volvía a sujetar con alfileres con destreza antes de subir la braguita de plástico, asegurándose de que cubriera todo el pañal. Echaré de menos el inevitable día en que no me revise y me corrija.

Suspiré al pensarlo, dándome cuenta de que sí estaba madurando. Estaba muy por detrás de mis compañeros en desarrollo físico y lo sabía. Era mucho más baja que todos mis amigos. Mi voz apenas había empezado a cambiar y los demás cambios que me habían advertido aún no se habían producido. No quería vello corporal. Sin embargo, sí quería que me crecieran los pechos para poder llenar el sostén prometido. No estaba experimentando esa otra "cosa" de la que los otros chicos hablaban en voz baja. Yo tampoco estaba segura de quererla.

Por las noches, me acostaba en la cama y chupaba mi chupete —el único día que me lo permitían— y deseaba más que nada en el mundo ser una niña. Quería dormir en una cuna, gatear y que mi mamá me diera leche de fórmula en biberón. No sabía cómo decirle a mi mamá lo que realmente quería, ni siquiera si debía hacerlo.

Horas más tarde, finalmente llegó la hora de dormir y después de una deliciosa comida y abundantes bebidas, mi pañal estaba empapado como debía ser.

—Hora de dormir, cariño —dijo mamá, alejándose del televisor y llevándose a mi habitación—. Vamos a prepararte, ¿vale?

Mi corazón dejó de latir por un momento.

¿Ella me va a cambiar?

Cuando entramos en mi dormitorio, que todavía era una habitación sin distinción de género (un compromiso al que habíamos llegado años antes), mamá fue al armario y sacó un pañal limpio, unos pantalones de plástico secos y mi pijama rosa de niña (otro compromiso).

Los cambios de Ricky

—Levanta los brazos, por favor —me pidió como si fuera un niño pequeño, y luego me quitó la camiseta—. ¡Ahora es hora de quitarme ese pañal mojado!

Con rápida pericia, desabrochó uno de los broches de mi pañal empapado y rápidamente se deslizó al suelo con un ruido sordo.

“¡Vaya, estás mojada esta noche!” exclamó.

Todavía me emocionaba cuando se refería a mí como niña. Durante casi toda mi vida, supe que era una niña y un bebé, pero ella se negaba obstinadamente a aceptarlo. Llamarme niña era un cambio muy reciente y subrayaba cómo todo había cambiado.

Me sonrojé.

—Sube al pañal, por favor —ordenó con dulzura—. Ricky, esta es la última vez que te voy a cambiar el pañal, ¿de acuerdo? De ahora en adelante, tendrás que hacerlo tú mismo.

Asentí. Sabía que venía y estaba lista, pero aun así, una lágrima se me formó en un ojo y me corrió por la mejilla. Busqué debajo de la almohada, agarré mi chupete y me lo metí en la boca.

Vi la nube de talco caer sobre mí y sentí cómo las esquinas del pañal de tela se juntaban y sujetaban con alfileres con destreza. Pronto, me subieron los calzoncillos de plástico amarillo limón por las piernas y el pañal quedó protegido con su protección impermeable.

Me puse los pantalones rosas del pijama y, como símbolo de fin, mamá me puso la blusa rosa y me abrochó los botones como si aún fuera una niña pequeña. Mientras me acurrucaba bajo las mantas, mamá se sentó al borde de la cama.

Ricky, muchas cosas están cambiando o van a cambiar, así que ahora necesitas cambiarte los pañales. Sé que quieres usar pañales todo el tiempo, pero hasta que termines la escuela, solo puedes usar zapatillas y braguitas. Pero quería preguntarte sobre algo que encontré en internet.

De repente me puse nervioso. Que mi madre se conectara a internet me parecía un problema. Se suponía que los padres no debían entrar en el sagrado mundo de internet.

Los cambios de Ricky

Descubrí que puedes comprar ropa de bebé de tu talla: vestidos, pijamas y un montón de cosas preciosas. ¿Lo sabías? ¿Te gustaría?

Mi boca se abrió tan grande por la sorpresa que se me cayó el chupete.

"Sí", balbuceé. Había encontrado subastas en línea de mucha ropa de bebé que me quedaba bien. Y sostenes, vestidos, medias y...

"Entonces tal vez para Navidad, ¿Papá Noel pueda dejarte un vestido de bebé?"

Mamá me sonrió y luego se inclinó para darme un beso rápido en la mejilla. Tomó mi chupete y me lo volvió a poner en la boca: otra primera vez.

Ella caminó hasta la puerta y apagó la luz.

"Buenas noches... Rachel", dijo.

Empecé a llorar suavemente: lágrimas de alegría.

¡Se acordó de mi nombre! ¡Mi verdadero nombre! ¡Me llamó Rachel!

Si te gusta este cuento, visita www.abdiscovery.com.au para ver nuestro catálogo completo.